

Reseña del libro

Por una democracia progresista

de Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano

Mario Luis Fuentes



Hay dos columnas que son insustituibles para una democracia: por un lado, tener una visión de país creíble, viable, a la par de una disposición total y abierta al diálogo y la confrontación respetuosa de las ideas. Por el otro, autoridad moral y credibilidad; es decir, un buen nombre, en el sentido griego del término, ganado a través de años de rectitud y conducta ejemplar ante la ciudadanía.

En un sentido profundo, eso es lo que transmite este nuevo libro del ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas, en el que sin cortapisas nos llama a pensar, desde la historia, sobre cómo se construye una democracia que supere la visión patrimonialista del poder, y se constituya efectivamente como una democracia de instituciones, comprometida con la garantía de los derechos humanos, y con ello dar cumplimiento a los mejores ideales que inspiraron el movimiento revolucionario que dio inicio en 1910.

Una de las cuestiones que más sorprende al lector es la capacidad que tiene el texto de historizar a la historia. Es un texto que, en el mejor sentido del término, resulta testimonial. Porque, en sentido estricto, “el testigo” no sólo da testimonio de un hecho, sino que señala todo aquello que puede fundamentar la solidez de una narración.

Hay además testimonios que parten no sólo de la oportunidad o circunstancia de haber presenciado uno o varios hechos, que se presentan sobre todo desde la voluntad y la convicción de hacer patente aquello que es contrario a la justicia, hechos que se alejan de los mejores valores de las sociedades en que ocurren, y que, por supuesto, suscitan testimonios que convocan a la movilización y la acción a favor, prioritariamente, de las víctimas del estado de cosas.

Por eso este libro tiene un triple valor: primero, porque reivindica la relevancia histórica de la Revolución Mexicana; en segundo lugar, porque pone en movimiento la recuperación de sus principios, entendiéndola como un proceso que aún no concluye; y, en tercer lugar, porque traza coordenadas de acción para construir una democracia que, en nuestro momento histórico, actualice lo que se propuso como proyecto de Nación hace ya más de 100 años.

El libro que hoy se presenta nos recuerda que la historia es el mayor fundamento de nuestro presente, pero también de nuestras posibilidades de futuro; y nos recuerda que sólo a través de la historia podremos comprender y dimensionar lo que se ha logrado, que no es algo menor; pero, sobre todo, nos señala el conjunto de pendientes y rezagos estructurales que nos ha impedido reducir las desigualdades, erradicar

la pobreza, y edificar un Estado con apego a la ley, y en el cual la justicia sea uno de los bienes sociales más preciados.

Otro de los elementos virtuosos que se encuentran en el texto es que, al tratarse de un proceso histórico, los pendientes que se mantienen en términos de libertades y acceso a garantías y realización de derechos –como la educación, la salud, el trabajo digno, entre otros– permanecen en el tiempo; y por ello una, la democracia progresista, es no sólo necesaria sino urgente: porque sólo a través de un Estado democrático es posible construir procesos que se renueven a sí mismos, y que establezcan como compromiso la ampliación permanente de las condiciones de bienestar para la población.

Por una democracia progresista es un texto que nos alerta de las contradicciones del proceso histórico que se inicia con la Revolución Mexicana, las cuales no son sino la expresión de la disputa permanente entre los grupos e intereses que están en la búsqueda del poder. De tal forma que la estructura constitucional que hoy tenemos es, justamente, resultado de ese largo movimiento histórico de confrontación de ideas y posturas políticas e ideológicas.

No hay, desde esa perspectiva, una ruta única para arribar a una democracia consolidada. Y en ello nuevamente el libro resulta esclarecedor, porque nos alerta respecto de los riesgos que enfrenta la propia democracia, dado que esta no está dada de una vez y para siempre, y que la única forma posible de mantenerla y salvaguardarla en el tiempo es a través del fortalecimiento de las capacidades del Estado para garantizar y realizar –es decir, de forma enfática, hacer reales– los derechos reconocidos en el texto constitucional.

Una democracia progresista tiene varios supuestos que es necesario explicitar: el primero de ellos es el del pluralismo político: el reconocimiento de que sólo desde la armonización de las diversas visiones que coexisten en el país, y que deben seguir coexistiendo de manera racional y civilizada, podremos seguir avanzando hacia la consolidación de instituciones éticas y volcadas hacia la realización de la justicia social, y de las otras justicias, como lo habría dicho el filósofo Julián Marías.

Los libros, decía Umberto Eco, nos invitan siempre a dialogar con otros libros. Y en ese mismo sentido, los autores llaman a evocar a otros autores. Y al leer este texto, no puede dejar de pensarse en la idea que planteaban los clásicos antiguos. Es imposible no pensar en la dimensión histórica que el ingeniero Cárdenas incorpora en estas páginas, en las ideas básicas que planteaba por ejemplo el gran reformador de Atenas, Solón, quien afirmaba que donde hay justicia no hay discordia.

Y con esto quiero decir, sin riesgo alguno de caer en una exageración, que estamos ante un texto que atrapa en la lectura, que seduce en sus ideas, porque, después de reflexionar sobre ellas, lo que se encuentra en el fondo, en el sedimento básico de sus palabras, es la sabiduría de quien ha recorrido el propio sendero como uno de sus constructores, de la larga y siempre inacabada lucha por cimentar una democracia comprometida con la igualdad.

Por una democracia progresista es un texto abierto, en el sentido que el propio ingeniero manifiesta: debe enriquecerse para ser guía del debate político que tiene que darse con seriedad en México en torno a cómo construir un Estado social de derecho, que ponga en el centro de todas sus decisiones el compromiso indeclinable de garantizar igualdad, dignidad y bienestar generalizados.

Estamos ante un libro que nos obliga a pensar en el sentido común, concepto que plantea Gadamer, retomando a Vico: el *Sensus Communis*, aquello que no sólo es común a todos, sino precisamente porque nos revela nuestra necesidad de reconocernos como iguales, y con ello reconstruir el fundamento de la comunidad.

Después de leer *Por una democracia progresista*, resulta difícil evitar la pregunta en torno a dónde encontrar ese sentido común; como respuesta, el ingeniero Cárdenas, nos indica que es a partir de la recuperación de los ideales revolucionarios de compromiso con la justicia social, la democracia y la igualdad lo que nos abre la posibilidad de una nueva vida común: un colectivo de reciprocidad y de solidaridad.

Lo anterior nos coloca, desde luego, ante la urgencia de construir puentes de diálogo. Porque el sentido común es no sólo hablarnos unos a otros, sino escuchar unos de otros.

Encuentro, en las letras del ingeniero Cárdenas, la idea de reconstruir un proyecto de nación incluyente, que se articule a partir de la visión de muchas y muchos, y que reciba el impulso del complejo crisol de culturas, tradiciones, visiones, capacidades y oportunidades regionales de nuestro país.

Las ideas de este libro nos llaman a reconstruir un país que está lleno de víctimas; y por ello una de las reflexiones que surgen es cómo convertir los sentimientos de rabia y dolor de comunidades agraviadas por la violencia, la criminalidad y la pobreza, en fuente de energía social e impulso transformador hacia una patria que proteja e incluya a todas y todos.

Encuentro también que, implícitamente, hay una convocatoria para reconciliar a México a través de un diálogo genuino: que antes que la imposición, busque la confrontación respetuosa de las ideas, que antes que avasallar, busque la construcción de consensos y acuerdos fundamentales; es decir, que sean un nuevo suelo, que dé apertura a una nueva noción de ser nosotros, que nos lleve a resignificarnos como mexicanas y mexicanos en tanto habitantes de una Nación incluyente y generosa con todas y todos.

Al principio sostuve que, en la democracia, somos todas y todos los responsables de ser artífices de un poder legítimo, soberano, plural y diverso. Pero eso no obsta para reconocer que en la historia hay momentos clave: espacios en que personajes decididamente comprometidos con México han dado un paso al frente, y han dado la cara ante al poder y sus abusos.

Sin duda alguna, la democracia que hoy tenemos no puede entenderse sin ese paso decidido que el ingeniero Cárdenas dio en 1987, acompañado de muchas de las mejores mujeres y hombres que tenía México en aquellos días.

Es imposible leer este libro sin tener en cuenta esa impronta histórica, y por ello estoy convencido de que, ante el llamado profundo a repensar y reconstruir que está en cada una de las páginas de este texto, habrá muchas y muchos que habremos de responder positivamente.

La respuesta deseable deberá estar dirigida, entonces, a contribuir a ampliar el mensaje, pero sobre todo a acompañar y tratar de sumar y potenciar un nuevo diálogo, que pueda llevarnos a una nueva forma de construir ese sentido común en justicia y dignidad para todas y todos, que la mayoría anhelamos para nuestro país.

Enhorabuena, querido ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas; y muchas gracias por esta oportunidad.